DISCURSO DE ORDEN POR DON JOSE AGUSTIN DE LA PUENTE CANDAMO

La Academia Peruana de la Lengua ha convocado a la sesión pública que ahora nos reúne para recibir de modo formal a Aurelio Miró Quesada Sosa, en su nueva investidura de Director Honorario de la Corporación.

Nos preside esta noche un conjunto de recuerdos, de alegría, por el gozo de un amigo y hermano mayor en la Academia, que hoy advierte el reconocimiento y el aprecio que su obra merece.

Vieja historia tiene la felicitación, el "elogio" académico. Sin la retórica verbal de otros siglos; sin arcos en las calles ni reposteros en los balcones; sin la lisonja que perturba la verdad, y no es digna de pronunciarse entre amigos, hoy, en la sencillez del trabajo diario, como en una clase de la universidad, o como en una sesión ordinaria de la Academia, nos unimos al regocijo de Aurelio Miró Quesada y su familia, y con el agradecimiento que le debemos a Dios, estudiaremos algunas de las notas capitales de su obra bajo el signo de la verdad que presidió el "elogio" del virrey Jáuregui, que leyó en 1781 Baquijano y Carrillo, sanmarquino como el antiguo rector a quien hoy saludamos.

Bien sabemos que el concepto generación no es sólo vecindad cronológica sino de modo esencial, comunidad de ideales y actitudes. Miró Quesada, distante de los hombres del novecientos por más de dos décadas, pertenece de alguna manera a la generación del centenario por una mayor proximidad. En 1907, Riva Agüero, Ventura García Calderón, José Gálvez, tienen veintidós años; Víctor Andrés Belaúnde y Francisco García Calderón, veinticuatro. Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía y Jorge Basadre, de la generación del centenario, nacen en 1897, 1898

y 1903. Ciro Alegría es de 1909.

Diversas hipótesis e interpretaciones pueden formularse; mas, en cierta manera, entre ambas generaciones se puede ubicar a nuestro Director Honorario. Vive con calor y seriedad el estudio de lo nuestro, raíz del renacimiento nacional, que encarnan los hombres del novecientos y desarrolla sus tareas de magisterio e investigación en la hora que corresponde, por influencia espiritual, a la generación del centenario.

Su vocación por las humanidades necesita algunas precisiones. Semejante a Riva-Agüero y a Raúl Porras por el cariño parejo a la historia y a la literatura, su permanente arraigo en el periodismo lo acerca a otros antiguos académicos como Clemente Palma, Cabotín y Luis Fernán Cisneros.

La cátedra, la investigación y el periodismo son, tal vez, los caminos centrales para entender la obra de Miró Quesada. La seriedad en la búsqueda de la información y del dato; la claridad y elegancia en el lenguaje; el orden lógico en la exposición; la capacidad para llegar al alumno y al lector; el cariño en la presentación de las conclusiones, son calidades que no abandona en el artículo periodístico, en el ensayo, en la exposición en el aula, en la monografía erudita.

En 1947, Aurelio Miró Quesada ingresa a la Academia presidida entonces por la inteligencia y la generosidad de Víctor Andrés Belaúnde, con un estudio sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina", que lee al año siguiente, y que merece la respuesta de Raúl Porras, quien reitera la devoción garcilasista que los une.

El neoacadémico de esas horas encontró en la corporación un medio espiritualmente próximo y gratísimo en el orden humano, bajo la égida de una historia de verdad respetable, cuyo centenario recordamos este año.

En el grupo académico del cual fueron precursores, entre nosotros, Vivanco y Manuel Pardo, y que ganó forma definitiva y fuerza para renacer, más tarde, con Ricardo Palma, Aurelio Miró Quesada halló colegas y predecesores con un múltiple parentesco espiritual. Aparte las aproximaciones antes citadas,

existen otros enlaces interesantes. El presidente García Calderón, encarnación de la fortaleza civil en horas muy duras, es dignísimo rector de San Marcos, y en la línea de Riva Agüero, Belaúnde, el Padre Vargas, Porras y Basadre, enriquece su visión del Perú y en Oscar Miró Quesada ve con alegría la comunidad de la sangre y de la vocación por el periodismo.

Director de esta Academia desde la muerte de Víctor Andrés Belaúnde hasta 1979, Censor en la junta directiva, es el sostenedor del Boletín que ya forma un valioso aporte.

Puntual en la concurrencia a las sesiones, ofrece su formación y su criterio, y su ánimo se orienta siempre al encuentro de las voluntades.

No es insólito que nuestra casa lo haya designado su Director Honorario, dignidad que antes estuvo en manos de Ricardo Palma, como respuesta a su sentido institucional, a su obra en el magisterio y en la investigación y a su generoso espíritu de amistad y concordia, en la circunstancia muy grata de su octogésimo cumpleaños.

Piensen algunos críticos que si a algún escritor se le puede identificar con uno u otro de sus libros o fragmentos singulares, Paisajes peruanos identifica a Riva-Agüero, Peruanidad está unida a Belaúnde; el fragmento "la experiencia histórica peruana" es la quintaesencia del pensamiento de Basadre sobre la formación histórica del Perú.

¿Qué obra identifica a Aurelio Miró Quesada?. Tal vez con un poco de audacia podría decirse que en la biografía de su abuelo José Antonio Miró Quesada, en su estudio sobre Garcilaso, y en Costa, sierra y montaña, están presentes afectos permanentes y una dedicación intelectual sin desmayo. Desde otro ángulo, en estos libros se puede reconocer una interpretación del Perú.

La biografía de José Antonio Miró Quesada es de algún modo una memoria personal y de la familia, un encuentro de recuerdos a través de la tradición oral, y no obstante el cariño legítimo que se descubre en la lectura, jamás se abandona la seriedad de la discreción. Además es una amena y gratísima presentación

de la vida limeña en las postrimerías del siglo pasado y en los primeros años de esta centuria.

La vida del abuelo está entretregada con la de **El Comercio**, y con el crecimiento de su familia; éste el tema expreso o implícito de la monografía.

En las páginas de este estudio que se leen con facilidad y simpatía, se reconoce el crecimiento de la ciudad y avances técnicos al lado de la presentación de momentos singulares. Aparece la conversación de Manuel Pardo con José Antonio Miró Quesada, cuando el fundador del partido civil se acerca a **El Comercio** a revisar unas pruebas y minutos después muere víctima de un asesino en la puerta del senado que con prestancia presidía. ¿Cuántas memorias y cuántas posibilidades encierran esas horas terribles del 16 de Noviembre de 1878, cuando a los 44 años muere trágicamente el primer presidente civil de la república?. En una historia ficticia, en el campo ilimitado de lo que pudo ser y no pudo ser, cuántas reflexiones se pueden desarrollar en torno de la muerte de un hombre que buscó en la seriedad del Estado y en la estabilidad de las instituciones el quilate rey de su obra política.

Aparece, asimismo, la vida de **El Comercio** desde los días inciertos del verano de 1879. Están las deliberaciones en contornos de los editoriales en las horas anteriores al conflicto que se anunciaba contra el deseo de todos los peruanos; está la presencia de Grau, desde los momentos de la esperanza renovada, entre asombro y cariño, hasta el anuncio doloroso de Angamos, que estremeció las raíces mismas de la vida nuestra; está la misión de José Antonio Miró Quesada, que obtiene la entrega de municiones y armas retenidas en Panamá.

En el escaso testimonio de la vida familiar en nuestra bibliografía, este libro no necesita notas de pie de página, es de algún modo la memoria del abuelo escrita por el afecto y la esperanza del nieto.

Sin olvidar la dedicación de Miró Quesada al estudio de Peralta, de Melgar, de Palma, de Riva-Agüero, es el Inca Garcilaso de la Vega la figura que declara su mayor dedicación inte-

lectual y su interés humano.

En artículos periodísticos, en monografías eruditas, en aportes documentales, sin tregua, aparece una profesión de fe garcilasista, que se presenta sistemática en la biografía del gran cusqueño cuya primera edición es de Lima, 1945.

Aparte el puntual análisis de la vida del autor de los **Comentarios Reales**, aparte el estudio de los textos del cronista, aparte la presentación de su vida en el Cusco y en Córdova, es fundamental en el libro de Miró Quesada la penetración en la intimidad del Inca, el descubrimiento de sus incertidumbres y congojas, y el enaltecimiento de su voluntad de síntesis de lo incaico y de lo español, en un hombre que es el anuncio del Perú.

Si Riva-Agüero en 1916 precisó la validez del testimonio del Inca, hoy, con los aportes de Miró Quesada, de Porras y de José Durand, bien hace nuestro Director Honorario al insistir en la visión del Perú, armonía y síntesis, variedad y unidad, conjunción de herencias milenarias, que Garcilaso encarna -el primero entre los nuestros- con responsabilidad histórica.

En fin, el último testimonio bibliográfico de Aurelio Miró Quesada que debemos comentar es **Costa, Sierra y Montaña**, bello libro que se incorpora en 1938 a la mejor tradición de nuestros viajeros.

En esta obra juegan en un mismo mundo la vocación reiterada por el periodismo, por la historia y la literatura, en el marco de la curiosidad y cariño a los viajes.

En época como la nuestra en la cual aparece como moda intelectual presentar los defectos y los yerros como exclusivo patrimonio del Perú, el estudio que citamos es una muestra alegre y cierta del tronco común de nuestra sociedad mestiza y de la apasionante y compleja variedad de lo nuestro, dentro de la unidad.

La preocupación inmediata del periodista se enriquece en **Costa, Sierra y Montaña**, con la tradición oral del lugar, con el testimonio de un amigo, con la afirmación de un cronista, o con el comentario simpático de una tradición de Palma. Así, desde Tumbes a Tacna, y desde Iquitos a Puno, aparece veraz, fresco,

claro y ameno, un retrato del Perú.

Bien sabemos que el cariño a la propia familia, que el arraigo en los propios recuerdos -la vivencia cierta del pasado en el presente- es el "camino real" para acercarnos a una sólida conciencia histórica. Pues bien, los tres libros de Miró Quesada, con alguna reflexión, apuntan por rumbos distintos al Perú como tema de estudio, como cariño, como obligación de servicio.

Pensemos un momento en el Perú que trabaja Miró Quesada. En primer término, su vocación de periodista y su permanente dedicación profesional, unida a su vocación por la literatura y la historia, le permiten ganar un retrato íntegro, erudito y vital, de las cosas peruanas.

En esta línea, Garcilaso, Peralta, Melgar, Palma, Riva Agüero, son como sus interlocutores, hermanos y maestros en la búsqueda de las raíces, del ser y del estilo de lo nuestro, nutrido todo por la experiencia de los viajes a través de nuestras provincias, y por el pulso que todos los días llega a la imprenta.

Tal vez su devoción garcilasista adquiera progresivamente mayor fortaleza cuando Miró Quesada penetra con mayor detalle y con espíritu crítico más fino a la intimidad de la conciencia peruana del Inca Garcilaso.

Aparte debates innecesarios, en la obra de nuestro precursor de las cosas peruanas está el dibujo inicial de la nueva sociedad que Basadre reitera en su enseñanza. El mismo se define como de un nuevo tiempo, como un nuevo estilo de hombre. Los peruanos deberíamos releer en nuestra intimidad y ponderar la conocida y bella expresión cuando el Inca como en un examen de conciencia proclama:

"A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones;...y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él".

Esta explicación nunca debe convertirse en un tópico, debe ser el anuncio de una vivencia en el alma de todo peruano.

Bien dice Miró Quesada que Garcilaso es desde todos los ángulos un defensor de la integración en el Perú y entre los pe-

ruanos. Asume las dos herencias imperiales y las dos culturas y su ejemplo personal gana una función de símbolo; en un país de contrastes busca la armonía. No debo abandonar la lectura de un fragmento de Miró Quesada en su biografía de Garcilaso:

"En un país de productos brillantes, pero a menudo efecto de inspiraciones súbitas o de un impulso momentáneo y fugaz, el Inca Garcilaso es el modelo de una vida consagrada a un objeto, de lo que se puede conseguir por la tenacidad y la constancia. En realidad, en todo lo que sea unificador y constructivo, se puede percibir en el Perú la enseñanza del Inca. Cuando se trate de superar los problemas raciales, allí estarán la obra y el espíritu de Garcilaso, el mestizo ejemplar. Cuando se trate de armonizar las divergencias entre lo ciudadano y lo rural, entre la capital y las provincias, entre lo nacional y lo de fuera, allí se encontrará, como una lección viva y constante, el recuerdo del Inca Garcilaso. Y cuando se trate de integrar la libertad personal y la norma, el sentido jerárquico del mando y la emoción colectiva y anónima, allí estará presente, como un numen, la efígie del Inca Garcilaso".

Y esta lección esencial de Garcilaso la perfecciona Miró Quesada en los estudios sobre Peralta y Melgar, donde se sigue el rastro del Perú, cada centuria más seguro, donde el ser de lo peruano es un fenómeno espiritual y social cierto, antes de la Independencia política.

Palma más tarde, entre la imaginación y el dato, entre el relato alegre y la erudición, alimenta más y más el cariño por lo propio y la aproximación al espíritu nuestro, especialmente limeño, que se puede leer en diversas páginas de Miró Quesada.

El afecto a nuestra ciudad, a su historia y a su estilo está presente en muchos trabajos de nuestro Director Honorario.

Esta adhesión a lo limeño une a Miró Quesada con Riva Agüero quien definió a nuestra ciudad como "Viviente imagen de la gracia". Y los une el amor a nuestro paisaje peruano y semejante dedicación al estudio de Garcilaso. Pero los une algo más grave y profundo, una análoga visión del Perú.

En Riva Agüero, como lo ha recordado Aurelio Miró Que-

sada, está nítida sin fisuras la visión quechua y española del Perú, la visión costeña y serrana, la continuidad histórica sin rupturas desde las horas remotas que año a año nos propone con mayor antigüedad la arqueología. Continuidad, solidaridad, búsqueda de armonía entre contrastes, son objetivos permanentes de Riva Agüero y Miró Quesada.

Pienso que será grato a nuestro colega que esta noche al lado del homenaje que le ofrecemos, podamos enaltecer una vez más la obra peruanista de Riva Agüero. Limeño enamorado del Cusco, viaja a la ciudad imperial dentro de un espíritu de peregrinación; reivindica y exalta a Garcilaso; estudia en los años treinta las conquistas incaicas; afirma las virtudes del hombre quechua y en *Paisajes Peruanos* escribe páginas inolvidables donde se reconocen las fuentes del Perú.

Mas, al lado de este cariño a lo indígena, siempre está presente en Riva-Agüero, como en Miró Quesada, el afecto no disimulado a los valores que España incorporó a la sociedad naciente que se reconocería más tarde como el Perú. El amor a lo hispánico, a la hispanidad, sólo es cabal y sólo se entiende si está unido de la mano al amor a lo andino.

Este el Perú que se lee en los estudios de Aurelio Miró Quesada. El Perú quechua-español de Riva-Agüero, la síntesis viviente de Belaúnde, la nueva sociedad de Basadre, el nuevo indio de Uriel García.

No es ésta una visión triunfalista del Perú, ni es la defensa de una leyenda dorada, ni una pintoresca nostalgia anacrónica, es únicamente la afirmación -con acentos diversos- de una persona moral cierta, obra de la historia, fruto de un entretejido de razas y costumbres.

Este el Perú que en la hora presente debemos fortalecer con una clara conciencia histórica. Los problemas sociales, económicos, morales, que agobian a la sociedad contemporánea, no deben provocar un ánimo de vacilación o incertidumbre frente al ser del Perú. Garcilaso, si viviera con nosotros, nos diría que el Perú es una variada complejidad, no es un engaño, ni un artificio de unos para dominar a otros; nos diría que somos un pue-

blo legítimo, con propia personalidad, en la historia universal.

El homenaje a la amistad y a la vida intelectual, presiden, sin duda, este acto en el que le decimos nuestra adhesión y nuestro afecto a un hombre que en el magisterio, en la investigación, en el periodismo y en el trato humano ha buscado siempre la verdad, la concordia y el servicio antes que el enfrentamiento o el egoismo crudito.

Le agradecemos sus libros y su cordialidad humana.